



Portada realizada por **David Orell**, a partir una imagen cortesía del enlace web [Auttiedot - Morguefile.com](#)

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
2014

1.

Hoy, ocho de abril de 2029, entiendo que la jubilación sea motivo de alivio para muchas personas. Entiendo que un albañil esté deseando dejar de pasar frío en invierno y calor en verano mientras mueve cargas pesadas de un lado a otro. Entiendo al camionero que se pasa ocho diarias al volante, viajando en soledad por la red de carreteras del país. Y a la mujer de la limpieza, cansada de arrastrar un cubo y una fregona, haciendo desaparecer la porquería que otros vamos dejando tras nosotros. Entiendo a todas estas personas y a las que, como ellas, trabajan tan duramente que al final del día están tan cansadas que apenas pueden mantenerse en pie, y que todo cuando desean es llegar a casa, cenar y distraerse un poco viendo la televisión antes de irse a la cama para regresar a la rutina a la mañana siguiente. Esa clase de vida puede ser muy dura. Porque al empleo hay que añadirle las responsabilidades familiares, lo que a menudo hace que no dispongan de un mísero minuto de tiempo para sí mismas.

Así que, bien pensado, más que alivio puede llegar incluso a ser una bendición.

Sin embargo, ese no es mi caso.

Para mí, la jubilación ha sido como un fuerte golpe en el pecho que me hubiera dejado sin respiración. Entré en el Cuerpo Nacional de Policía a los veintitrés años, así que supongo que podría decirse que he sido policía la mayor parte de mi vida. Durante décadas he trabajado más horas de las que me correspondían. Salir de casa a primera hora de la mañana y no regresar hasta mucho después que se hubiera puesto el sol no era algo inhabitual. Cuando mis hijos eran pequeños tenía que hacer malabarismos para estar con ellos. Crecieron con un padre al que apenas veían y, por ello, le estoy muy agradecido a Carmen, mi mujer durante 41 años, por haber sido tan comprensiva a este respecto. Ella me quería y sabía que mi trabajo me apasionaba. Por eso nunca me obligó a elegir entre él y mi familia. No porque temiera que pudiera abandonarlos (algo que jamás habría hecho) sino porque sabía que eso me destrozaría. Destrozaría al hombre que yo era. El hombre del que ella se había enamorado.

Mi dedicación durante los años de servicio obtuvo sus frutos con varios ascensos que me llevaron a alcanzar la categoría de Inspector-Jefe a la edad de cincuenta y seis años. A excepción de los catorce que pasé patrullando las calles de Alicante, el resto los desempeñé como investigador en el grupo de Homicidios, Agresiones y Desapariciones de la Brigada Provincial de Policía Judicial. Me encantaba *rastrear* pistas. Experimentar la sensación de acercarme al malo, de respirarle en la nuca y, finalmente, de atraparlo y ponerle las esposas. Era algo fantástico. Como un buen puro acompañado de una copa de pacharán después de una deliciosa comida. Detener delincuentes hacía que me sintiera bien. Me decía: *Uno menos del que preocuparse*. Pero el efecto sólo me duraba

unos pocos días. Después, me olvidaba de él y ya empezaba a pensar en atrapar al siguiente.

Ahora, cuando me levanto, nada me está esperando. Es decir, todo está ahí, puedo hacer lo que quiera, pero nada *me espera*. Y casi nada atrae mi atención durante mucho tiempo. Me gusta jugar a las cartas y al dominó, pero no soporto hacerlo durante más de una hora u hora y media. Tampoco valgo para pasarme el día paseando, echándole de comer a las palomas, mirando obras, tomando el aire en un banco del parque o cualquier otra de las cosas que solemos hacer los viejos mientras el sol traza su lento arco hacia el oeste.

De todas las opciones a mi alcance mi preferida es la de dejarme caer por la biblioteca municipal y leerme tranquilamente los periódicos del día. Buena parte de la mañana se me va con esto. Luego, hago algo de tiempo hasta la hora de comer y vuelvo a casa. El problema es que, para cuando terminamos de hacerlo, todavía quedan muchas horas por delante antes de que anochezca. Tantas que imaginarlas casi me produce vértigo.

El febrero pasado, unos cuatro meses después de entregar mi arma y mi placa y convertirme en un jubilado más, durante una de esas gélidas tardes de invierno frente al televisor, empecé a entretenerme rememorando los viejos casos en cuya resolución había participado. Eran cientos, y me acordaba de muchos de ellos. Así que los rescataba y los revisaba durante un rato antes de devolverlos al polvoriento archivador de la memoria. Entonces, se me ocurrió que estaría bien tomar algunas notas. Me compré un cuaderno de espirales y me puse a anotar los detalles que recordaba de los que me resultaban más significativos.

Hasta que topé con el de Natalia y su familia.

Aquel caso era completamente diferente a todos los que me había encontrado antes y me encontraría después a lo largo de toda mi carrera.

La razón: ocurrió algo que nunca habría creído posible que sucediera.

2.

En dos mil siete, cuando todavía era Inspector, recibí una llamada a mi móvil mientras dormía. Abrí los ojos, miré el reloj-despertador y vi que aún faltaban unos minutos para las tres de la madrugada. No me enervé. Esa clase de llamadas a horas intempestivas no eran frecuentes, pero formaban parte de mi trabajo y cuando se producían sabía qué significaban. Alargué la mano hacia el teléfono y miré la pantalla. Decía: *Número desconocido*.

Me incorporé en la cama, me pasé la mano por la cara y descolgué.

—Diga.

—¿Inspector Juan de Dios? —preguntó una voz grave.

Dije que ese era yo.

—Soy el Inspector Fernando Ruiz, jefe del turno de esta noche de radiopatrullas —se identificó.

No habría sido necesario que me diera tantos detalles. Sabía quién era. Aunque la plantilla de Alicante no era precisamente pequeña, algunos de nosotros destacábamos sobre el resto, en ocasiones por razones por las que no nos gustaría ser recordados. Y Fernando Ruiz era uno de estos últimos. Uno de los legendarios, podría decirse.

—¿Qué ocurre? —pregunté, obligándole a ir al grano.

—Nos han llamado varios vecinos de que en un domicilio estaban oyendo gritos de alguien pidiendo ayuda, así que hemos venido y nos hemos encontrado con un triple asesinato. Padre, madre y uno de los dos hijos. Los tres han muerto apuñalados —explicó atropelladamente.

Por la tensión que destilaba su voz supe que estaba en el lugar donde se habían producido los crímenes, así que le dije que se asegurara de que nadie tocara nada. Todo debía estar tal y como había quedado tras los crímenes.

—Claro, claro. Por supuesto —convino.

—¿Cuál es la dirección? —le pregunté.

Me la dio. La repetí dos veces para que se me quedara grabada en el cerebro.

—Haré unas llamadas y enseguida voy para allá —indiqué.

Para entonces, ya me encontraba casi completamente despejado y Carmen se había despertado. Tenía el sueño tan ligero que el zumbido de un mosquito contra su oreja era capaz de desvelarla. Aparté las sábanas, me senté en la cama y tanteé el suelo en busca de las zapatillas.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó.

—Algo bastante feo, me temo —dije, andándome con rodeos. No me gustaba hablar de mi trabajo con ella. A veces, veía cosas muy desagradables o me exponía a peligros que la habrían preocupado —. Tengo que irme. Vuelve a dormirte.

Salí de la habitación y telefoneé a dos de mis muchachos y al Inspector de la Policía Científica para que enviara a uno de los suyos a la dirección que le facilité. Cuando estuvo todo atado, me lavé la cara, me vestí, cogí las llaves del coche y bajé al parking.

3.

El pasillo que nacía en la puerta principal era una carnicería. La mujer que yacía tendida en el suelo presentaba puñaladas por todo el cuerpo y la sangre se había ido escurriendo de él mientras trataba de huir. Se había arrastrado hasta allí desde su dormitorio, dejando un rastro rojizo tras de sí, pero finalmente no había podido lograr su objetivo. Había muerto a escasos dos metros de él, con el brazo derecho extendido, como si hasta su último aliento hubiera conservado la esperanza de poder escapar.

Me entrevisté con el Inspector Ruiz, que me puso al tanto de los detalles. Mientras lo hacía, se personó uno de mis agentes y se unió a la conversación a tiempo de oír que el asesino no había acabado con toda la familia. Había matado a tres de sus miembros, pero no a la hija pequeña del matrimonio, que por entonces contaba cinco años. Un agente uniformado la había encontrado encerrada en el armario de su habitación, y le había impedido salir de ella para que no viera lo que les habían hecho a sus padres y hermano. Sin embargo, pese a su corta edad, ya lo sospechaba. Porque el mal es una sustancia tan escurridiza como el aceite, capaz de abrirse paso hasta por las grietas más microscópicas de la conciencia de un niño. En este caso, ese mal lo habían constituido los gritos de dolor y agonía proferidos por los miembros de su familia. Ellos eran la causa del miedo que la atenazaba y de las lágrimas que rodaban sin parar por sus mejillas.

Con cuidado de no eliminar ninguna potencial pista, acompañé a Alex en su recorrido por el piso. Encontramos al padre en el dormitorio del matrimonio. Estaba boca arriba sobre la cama. Lo habían cosido a puñaladas y se hallaba envuelto en un inmenso charco de sangre que empezaba a coagularse. Tenía heridas defensivas en los brazos, como consecuencia de haber intentado repeler la agresión, pero la mayoría se localizaban en el pecho y el abdomen.

—Joder —susurró Alex desde el umbral—. Se han ensañado de cojones con él.

El aire estaba saturado del desagradable hedor metálico de la sangre. Para combatirlo, respiramos por la boca. Aún así, no logré evitar que se colara en el interior de mis fosas nasales. Resoplé, tragué saliva y retrocedí hasta el pasillo. Tenía más que suficiente. Aquello sólo era una primera toma de contacto. Ya habría tiempo de mirar el estado de los cuerpos a través de las fotografías que el agente de Policía Científica hiciera cuando llegase.

Fuimos a otra habitación.

El cuerpo del hijo mayor del matrimonio no estaba en mucho mejor estado. A diferencia de su padre, él se hallaba tendido boca abajo sobre el colchón (probablemente esa fuera la postura en que dormía cuando lo asaltaron), con el pijama destrozado y cubierto de la sangre que había manado de las heridas. Recé

para que no se hubiera enterado de nada, para que alguna de las primeras hubiera sido mortal de necesidad y dejado este mundo en cuestión de segundos.

En ese momento, el agente de la Policía Científica llegó y Alex fue a su encuentro para ponerle al corriente de la situación. Yo oí unas voces al otro lado de la puerta entornada que quedaba a mi derecha y la empujé con suavidad.

Se trataba de la habitación de la niña, Natalia. Todo en ella, desde las paredes hasta la colcha, era de color rosa. Estaba sentada en la cama, con la espalda acomodada en la almohada. Una agente uniformada a la que conocía de vista estaba con ella, dándole algo de conversación para distraerla. Eran casi las tres de la madrugada. La pequeña debía estar agotada, pero tenía los ojos enrojecidos y abiertos como platos. Abrazaba un pequeño oso de peluche contra su pecho. Con fuerza, como si temiera que alguien fuera a quitárselo.

—¿Cómo está? —pregunté a la agente.

—Muy triste —me contestó.

La contemplé unos instantes y decidí que *muy triste* era quedarse bastante corto. Estaba desolada, hundida. Tenía el rostro descompuesto y, si no seguía llorando, debía ser porque había agotado los depósitos situados tras los ojos en los que almacenaba las lágrimas. Había oído gritar a su familia y los gemidos agónicos de su madre mientras trataba de llegar a rastras hasta la puerta.

—Hola, preciosa —dije desde los pies de la cama, sin acercarme a ella para no asustarla—. ¿Te apetece una taza de leche caliente con cacao?

La niña meditó la propuesta durante un rato y finalmente asintió con la cabeza. Traté de ponerme en su piel y experimenté una arrolladora lástima por ella. Alguien le acababa de arrebatar a su familia, dejándola sola en el mundo. Por descontado, tendría tíos y abuelos que se harían cargo de ella. Pero eso no convertía su situación en menos dramática.

—¿Podría preparárselo, por favor? —le pedí a la agente.

Ella accedió y salió de la habitación en dirección a la cocina, dejándome a solas con Natalia. Su cara era ovalada y estaba pálida como un fantasma. Tenía unos pequeños ojos marrones, la nariz chata e regueros de lágrimas secas en las mejillas. El pelo castaño le llegaba casi a los hombros y su cuello era delgado como el tronco de un árbol joven. Me hubiera gustado abrazarla para consolarla y mitigar el miedo que destellaba en su mirada, pero no era lo más prudente. Había muchas posibilidades de que, si intentaba hacerlo, se pusiera a gritar.

Pensé que con una niña tan pequeña y que acababa de pasar por uno de los mayores traumas a los que nadie podía enfrentarse debía ser paciente e ir muy poco a poco, pese a la rabia que sentía por aquellos asesinatos.

—Puedes confiar en mí, ¿de acuerdo? Soy policía —empecé, apoyándome la mano en el pecho—. Nadie te va a hacer daño. Todos los que hemos venido a tu casa estamos aquí para ayudarte.

Esperé a que reaccionara de algún modo, pero no lo hizo. Así que proseguí:

—Ahora, para que sea más fácil coger al hombre malo que le ha hecho daño a tu familia necesito que me respondas a unas preguntas. ¿Qué me dices? ¿Podrás hacerlo?

—No lo sé —contestó Natalia con un hilo de voz.

—Seguro que sí. Son preguntas muy fáciles —le aseguré.

Me miraba fijamente a los ojos, aunque no creo que viera nada de lo que había en ellos. Se encontraba en estado de shock. Podría haber mirado una pared vacía con el mismo resultado.

—Mira... Por ejemplo... ¿Recuerdas qué fue lo que te despertó?

Tardó un rato en contestar, como si las palabras tuvieran que cubrir una gran distancia antes de llegar a sus oídos y ser asimiladas por su cerebro.

—Los gritos.

—¿Gritos feos? —pregunté.

Ella asintió casi imperceptiblemente. Seguía abrazando al osito de peluche que tenía entre los brazos como si fuera una boya. Me pareció que mientras lo asiera no se derrumbaría.

—¿Te dieron miedo?

Un nuevo asentimiento.

—¿Y qué hiciste? —añadí.

Dejaba un intervalo de tiempo entre sus respuestas y mis preguntas a fin de no atosigarla demasiado, y cuando hablaba empleaba un tono de voz apacible a pesar de la furia que sentía en mi interior. Odiaba al tipo que había matado a aquellas personas y que había marcado la vida de esa pequeña. De haberlo tenido delante, le habría metido una bala en la cabeza sin titubear lo más mínimo.

—Me escondí —dijo.

—¿Dónde? ¿Debajo de la cama? —sugerí.

Cuando sacudió la cabeza a los lados, eché un vistazo en derredor, en busca del lugar en el que podría haberse refugiado.

—En el armario —aclaró.

Volví la vista hacia el mueble al que se refería. Era un armario de madera de doble hoja, sin llave. Las puertas estaban ligeramente entornadas.

—¿Ese armario? —señalé.

Un nuevo asentimiento.

Me pareció raro. A los niños solían darles miedo los armarios. Tenían la costumbre de creer que, durante la noche, los poblaban monstruos al acecho que esperaban a que se durmiesen para secuestrarlos.

—¿Por qué ahí? —le pregunté, siguiendo el hilo de mis pensamientos.

—Mamá lo convirtió en un sitio seguro —desveló.

—Antes de que tu mamá lo convirtiera en un sitio seguro, ¿no lo era?

Negó con la cabeza con vehemencia.

—Así que, cuando oíste los gritos feos, te bajaste de la cama y corriste a esconderte en él —dije, completando el círculo.

—Sí.

Los mechones de cabello ondulado que le caían en cascada sobre el rostro, partiéndoselo en media docena de porciones desiguales y confiriéndole el aspecto de una niña abandonada me rompía el corazón.

—¿Y qué pasó mientras estabas ahí dentro? ¿Ocurrió...?

En ese momento, la agente entró en la habitación con un vaso de leche caliente con cacao y se lo tendió a la niña.

—Aquí tienes, cariño —le susurro con suavidad.

Las manos de ambas entraron en contacto, pero Natalia no reaccionó de ningún modo a ello. Pensé que mientras lo cogía no estaba viendo el rostro de la agente sino el de su madre, transformando así mismo su uniforme en uno de los camisones de ella.

La niña se lo acercó a los labios y bebió un sorbo. Su expresión permaneció inmutable mientras lo paladeaba y tragaba. El cacao dejó una línea oscura en forma de bigote sobre su labio inferior. Experimenté el impulso de sacar mi pañuelo del bolsillo para limpiárselo, pero me refrené. Yo no era como mi compañera. Transformarme en su madre no resultaría en mi caso. Así que decidí dejarla disfrutar de su vaso de leche. Sólo tenía cinco años. No podía interrogarla hasta obtener todas las respuestas que necesitábamos sin concederle pequeños respiros.

4.

Encontramos el teléfono de contacto de la hermana de su madre en la agenda de su móvil y la llamé desde el pasillo. Se llamaba Raquel. Contestó con voz soñolienta y le concedí algo de tiempo para despejarse y recuperarse del sobresalto de una llamada a altas horas de la madrugada mientras me presentaba. Aunque, como era de esperar, que le dijera que era policía no mejoró las cosas precisamente. Me chilló al oído qué ocurría y empecé a explicárselo. Hablé con la mayor serenidad posible, echando mano de estúpidos eufemismos que sólo consiguieron llevarle a pensar que estaba ocultándole información. Cuando pasé a explicarle que, entre tanta desgracia, estaba la buena noticia de que su sobrina se hallaba viva e indemne, gritó el nombre de la niña con todas sus fuerzas. Me aparté el teléfono del oído y, cuando volví a acercármelo, lloraba desconsoladamente.

—Necesito que me dé su dirección para llevar a Natalia a su casa —le expliqué entonces.

Ella me la dio. Le dije que tenía que colgar porque quería sacar a Natalia de este ambiente lo antes posible y Raquel se apresuró a darme la razón. Cuando corté la comunicación, me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y regresé a la habitación de la niña.

Se estaba terminando la leche. El bigote sobre su labio superior había crecido en tamaño, tanto a lo largo como a lo ancho. Dado que sujetaba el vaso con ambas manos, había depositado el oso de peluche sobre su regazo, pero no parecía dispuesta a separarse de él.

—Natalia —dije, sentándome a los pies de la cama—. Como vamos a estar aquí toda la noche y haremos bastante ruido he llamado a tu tía Raquel para que vayas a dormir a su casa. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó con un hilo de voz.

La leche caliente había conseguido relajarla un poco. Me alegré de qué fuera así. Los gritos que había escuchado debían haber sonado horribles a sus oídos y lo que menos necesitaba era pasarse la noche en vela, reproduciéndolos una y otra vez.

—Estupendo. Entonces, acábate la leche y te llevaremos con ella —dije con suavidad.

Cuando lo hizo, me ofrecí a llevarla en brazos hasta mi coche. Ella accedió, arrastrando consigo al osito. Le pregunté a otro agente uniformado si le importaba conducir mientras yo me sentaba detrás con ella. Contestó que tendría que consultarlo con su superior. Mientras se comunicaba con él por radio, apreté la cabeza de Natalia contra mi hombro y abandonamos la habitación. No quería que viera el rastro de sangre que atravesaba el pasillo ni a su madre tendida en el

suelo de baldosas, con el brazo derecho extendido hacia una puerta que jamás alcanzaría a abrir.

Acomodé a Natalia en el asiento posterior de mi Ford y esperé a la intemperie a que el agente saliera a decirme algo. Era una noche fresca de primavera, pero el frío que sentía no tenía nada que ver con la meteorología. Apareció menos de un minuto después, confirmándome —como suponía que haría— la autorización de su jefe para acompañarnos. Le entregué las llaves y se dejó caer en el asiento del conductor con un tintineo de su cinturón mientras yo me sentaba detrás con Natalia, me abrochaba el cinturón de seguridad y la estrechaba contra mí pasándole un brazo alrededor de los hombros. A falta de una sillita adecuada a su talla y peso, consideré que era la mejor opción a nuestro alcance.

El agente arrancó y, antes de ponernos en marcha, le di la dirección de la tía de la niña para que la introdujera en el GPS. Correspondía a Moralet, una localidad situada a unos veinte kilómetros de Alicante. Entretanto el chisme establecía contacto con el satélite, salimos de la calle y cruzamos la ciudad, desierta a esas horas de la madrugada.

Al principio, Natalia estaba rígida como un palo, pero volvió a relajarse cuando le hablé de mi hija Silvia, que por aquel entonces contaba siete años. Le dije que le encantaba el colegio y le pregunté si a ella también le gustaba. Contestó que sí. Luego le pregunté por su mejor amiga y me dijo que se llamaba Marta. Ese breve intercambio de palabras sirvió para que volviera a sentirse cómoda entre desconocidos, aunque seguía apretando al osito contra su cuerpo.

De pronto, sentí que empezaba a temblar, de modo que le froté el brazo para hacerla entrar en calor y traté de tranquilizarla diciéndole que muy pronto llegaríamos a casa de su tía.

—Mamá hizo un hechizo para echar a los monstruos del armario y entonces todos se marcharon —murmuró Natalia, para mi sorpresa.

Bajé la vista hacia ella y vi que estaba a punto de echarse a llorar.

—Era mi refugio secreto, pero ese hombre malo me encontró —añadió.

Fruncí el ceño en la oscuridad del cubículo de mi Ford.

—¿Quieres decir que miró en el armario?

—Sí —sollozó la niña.

—¿Recuerdas cómo era?

—No tenía cara —indicó.

No tenía cara, me repetí para mis adentros.

Me pasé la lengua por los labios, tratando de dotar de algún sentido a aquellas palabras. Entonces, se me ocurrió una posible explicación.

—¿La llevaba tapada con un gorro? ¿Es eso lo que quieres decir? —le planteé.

Asintió.

Se cubría el rostro con un pasamontañas.

—¿Recuerdas si te dijo algo?

La niña se mordió el labio inferior como si dudara. Tenía una respuesta para mi pregunta, pero algo le impedía dármela.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo. No te pasará nada por hacerlo —la animé.

— Dijo una palabrota —confesó, avergonzada.

Decidí que era innecesario pedirle que me la reprodujera.

—¿Y no te hizo nada?

Negó con la cabeza. Yo volví a frotarle el brazo para confortarla y hacerla sentir segura. Los ojos del agente se reflejaban en el espejo retrovisor interior, atentos a nuestra conversación.

—¿Seguro? —insistí, sin acabar de creérmelo.

Natalia estaba viva. Eso era una evidencia. Pero me parecía raro que el hombre que había matado a sus padres y a su hermano, que sólo tenía tres años más que ella, no hubiera decidido a *acabar* el trabajo.

¿Se había apiadado de ella? ¿Era eso lo que había ocurrido? ¿Había sentido un ataque de remordimiento y le había perdonado la vida?

—No pudo verme —contestó la niña mientras reflexionaba sobre las motivaciones del asesino para dejarla vivir.

Ladeé la cabeza para mirarla desde un nuevo enfoque y fruncí el ceño.

—¿No pudo verte? ¿Y eso por qué? —le pregunté.

—Porque hice lo que me enseñó mamá —dijo sin vacilar.

—¿Y qué fue lo que te enseñó? —quise saber.

No me sentía cómodo haciéndole tantas preguntas seguidas a una niña tan pequeña que, además, acababa de perder a sus padres y a su hermano mayor. Pero no parecía que fuera a dormirse si yo dejaba de hablarle. Y, probablemente, algunas de las cosas que pudiera decirme en aquel momento nos fuera de mucha utilidad para atrapar al asesino.

—A cerrar los ojos y pensar en silencio que no podía verme.

Asentí como si lo que acababa de decir fuera lo más sensato que había oído en mi vida.

—Así que, como hiciste eso, el hombre malo miró en tu armario pero no te vio —recapitulé.

—Sí. Porque me *convertí en invisible* —sentenció.

—Ya veo — Sonreí, le guiñé un ojo y la felicité: —Buena táctica.

—Pero no es fácil que te salga —me advirtió Natalia, cambiándose el osito de peluche de brazo —. Hay que quererlo con mucha, mucha fuerza.

—Ya me imagino —referí, pensando en el rato que la pequeña me había arrastrado a su mundo de fantasía sin que yo me diera cuenta.

—A mí hoy es la primera vez que me ha salido —terció.

—¿Quieres decir que nunca antes te habías convertido en invisible? —le pregunté, usando la misma expresión que ella había utilizado hacía un momento.

—No.

—Hasta esta noche, cuando te diste cuenta que el hombre malo había entrado en tu dormitorio —dije.

—Sí.

Me obligué a sonreír.

—Entonces, supongo que tengo que darte la enhorabuena —sugerí.

Natalia sonrió a mi vez, se encogió de hombros y dijo:

—Gracias.

Para entonces, ya habíamos llegado a Moralet y callejeábamos por sus calles desiertas y mal iluminadas, siguiendo las indicaciones del GPS.

—Bueno, pues casi hemos llegado ya —repuse, soltando un suspiro. La miré, sin saber qué decir, y me fijé por enésima vez en el osito que estrechaba contra sí: —Por cierto, ¿cómo se llama tu osito?

—Es una chica —me corrigió con severidad Natalia —, y se llama Estrella.

—Un nombre muy bonito —admiré.

Cuando llegamos a la dirección que me había dado la tía de la niña, ella y su marido ya nos esperaban en la puerta. Bajamos y le tendí a Natalia, a la que abrazó con desesperación mientras las lágrimas le corrían por el rostro. Me dio las gracias y se fue adentro con ella, acompañada por el agente de radiopatrullas que nos había llevado hasta allí. Entretanto, me entrevisté con su tío. Le expliqué lo que había sucedido y le formulé varias preguntas con relación al asesinato. Contestó que no sabía de nadie que los odiara tanto para matarlos y que tampoco sabía si tenían problemas de algún tipo con alguien. Aunque no vivían muy lejos,

no se veían muy a menudo. Dejando a un lado las celebraciones familiares, una cada tres semanas o así, aunque Raquel y su cuñada hablaban casi a diario por teléfono. A mi pregunta de si su mujer sabría algo que él desconociese contestó que no con rotundidad, añadiendo que entre ellos no había secretos.

Le creí. Al menos, creí que él creía estar diciéndome la verdad.

Cuando el agente salió de la casa con el Acta de entrega de la menor firmada por la tía de la niña, nos montamos en mi Ford y emprendimos el camino de vuelta.

5.

Nos pusimos a trabajar de inmediato en el caso, convirtiéndolo en una de nuestras mayores prioridades. Sabíamos que no tardaríamos en tener a los medios de comunicación subidos a nuestra chepa, como así fue. Al día siguiente, la televisión y la radio se hicieron eco del terrible suceso y ya no lo soltaron en semanas. Nos presionaban desde sus respectivas atalayas informativas, exigiendo resultados inmediatos en forma de detenciones. Era una historia ambivalente, macabra y jugosa a la vez. Ponía los pelos de punta, pero todo el mundo quería conocer hasta el más mínimo detalle de los hechos. Los seres humanos podemos ser así de contradictorios. Y nuestros superiores, movidos por sus propios intereses personales, nos dieron la orden de tenerlos al tanto del menor avance en la investigación.

Pero nadie deseaba más (a excepción, por supuesto, de los familiares de las víctimas) que aquel caso se resolviese que nosotros. Queríamos cazar al cabrón que había osado colarse en nuestra pequeña porción del mundo para arrebatarnos la vida a tres personas y traumatizar a una niña de cinco años para el resto de sus días. Todos los agentes que componíamos el grupo encargado de la investigación enfocamos el caso como una afrenta personal, y por ello trabajamos de sol a sol durante dos semanas enteras. Nos marchábamos a casa de noche y regresábamos antes de que el sol volviera a salir. Nuestro tesón nos llevó a dar con algunas pistas valiosas, cuyo rastro seguimos tan discretamente como nos fue posible.

Y, por fin, dieciséis días después de los crímenes, procedimos a la detención del autor en Sabadell.

Se llamaba Alexey Gólubev. Era un antiguo militar serbio que había combatido en la guerra de Yugoslavia a principios de los noventa del siglo pasado y que se había pasado al lado oscuro hacía algunos años, cuando descubrió que sus valiosos conocimientos tácticos, de lucha cuerpo a cuerpo y de supervivencia podían hacerle ganar mucho dinero en Europa occidental. Se unió a un grupo de compatriotas y se zambulleron de lleno en el crimen organizado. Varios de los integrantes de la banda habían caído en Francia después de asaltar

más de veinte naves industriales y llevarse el contenido de las cajas fuertes empleando dinamita. Los que lograron escapar huyeron a España, donde pasaron a la clandestinidad, viviendo de las rentas obtenidas hasta entonces. Estuvieron unos meses en Sevilla y luego se instalaron en Barcelona. Allí reclutaron a varios antiguos compañeros del ejército y se dedicaron al tráfico de drogas y a la trata de blancas, para utilizarlas como prostitutas en burdeles de la frontera con Francia. Eran tipos duros y sin sentimientos. No dudaban en propinarles palizas o violarlas si se negaban a obedecer sus órdenes o trataban de huir.

La noticia de la detención del autor material de los asesinatos fue acogida con gran exaltación por los mismos medios de comunicación que, para entonces, habían empezado a cuestionar nuestra capacidad para resolver el caso. Si conseguimos hacerlo fue gracias a que nunca tratamos de defendernos de sus ataques, a riesgo de que Alexey huyera del país y no volviéramos a saber de él. Podíamos haber filtrado, en un intento por calmar las aguas, que conocíamos la identidad del asesino gracias a los cabellos encontrados en el suelo de la cocina, pero nuestro trabajo no era contentarles a ellos sino atrapar a quienes quebrantaban la ley.

Durante el interrogatorio nos confesó que matar le había dado sed, así que había abierto la nevera y bebido una cerveza. Porque, según dijo, en la casa hacía demasiado calor, así que se había quitado el pasamontañas. Antes de volver a ponérselo, sin embargo, un par de cabellos se habían desprendido de la prenda y caído al suelo. Cabellos rubios, que llamaron la atención de nuestros agentes de la Policía Científica porque ningún miembro de la familia tenía ese color de pelo.

Nos hubiera gustado tener la oportunidad de coger al resto de la banda pero, una vez más, los medios de comunicación actuaron como megáfono, alertándolos y propiciando que escaparan a toda prisa de sus escondrijos.

Alexey era un tipo alto y fuerte, con un rostro duro y anguloso y un par de ojos de mirada soberbia y despiadada. Cuando supo que lo teníamos cogido por los huevos, confesó los asesinatos y explicó las razones que le habían llevado a cometerlos. Como sospechábamos —aunque, hasta entonces, sin ninguna prueba que lo avalara—, Pelayo (el padre de Natalia) se había sentido atraído por el dinero fácil procedente del lado oscuro y puesto su empresa de tamaño medio dedicada a la Importación/Exportación al servicio de los serbios. A cambio de un sustancial porcentaje, transportaba a las chicas que terminaban en los prostíbulos desde Rumania y Bulgaria. El problema vino cuando el padre de Natalia se volvió codicioso y quiso aumentar su parte de los beneficios. Entonces, Alexey y los demás comprendieron que su descontento podía causarles problemas y decidieron que tenían que sacárselo de encima. A él y, ya de paso, ante la posibilidad de que su mujer estuviera al corriente de los negocios de su marido, también a ella. En cuanto a los niños, ellos eran la prueba viviente de cómo los negocios turbios llevaba a los hombres con responsabilidades familiares a poner en peligro a sus seres queridos. Alexey nunca se habría metido en aquel negocio de haber tenido hijos. Al menos, eso fue lo que nos aseguró. Opinaba que Pelayo

había sido un estúpido por no contentarse con lo que ganado y disfrutado de ello en la medida de sus posibilidades.

—Has dicho niños. ¿Sabías que tenían más de uno? —le interrogué.

—Sabía que tenía un hijo y una hija —contestó.

Hablaba el castellano lo bastante bien como para no necesitar intérprete.

—Mataste a uno. ¿Qué pasó con el otro? —le pregunté, tratando de que no se notara que se me había formado un nudo en el estómago.

—No la encontré —contestó.

En el despacho nos encontrábamos Alexey, su abogado, uno de mis agentes (que hasta poco antes había dejado que se hiciera cargo de la declaración) y yo. Ellos tres estaban sentados y yo permanecía de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. No le había contado a nadie lo que Natalia me había confiado durante el trayecto a casa de su tía, en la madrugada de los asesinatos.

—¿La buscaste bien? —insistí.

—Claro.

—¿No estaba en su habitación?

—No.

En la comparecencia que aparecía en el atestado del caso, la patrulla que se había personado en el domicilio aseguraba haber encontrado a la niña encerrada en el armario, hecha un ovillo. El único que había oído a Natalia decirme que Alexey lo había abierto y echado un vistazo en su interior era el agente que iba al volante de mi Ford, pero había sido discreto y no había dicho ni una palabra. Así que me lancé a la piscina y dije:

—Miraste en su armario, pero no la viste. ¿Cierto?

—Sí _ contestó con seguridad.

—¿Qué pensaste cuando no diste con ella?

—Que se había escondido en alguna otra parte de la casa.

—¿No seguiste buscándola?

—No.

—Aunque la cama estaba desecha...

—Pero, ¿a dónde quiere ir a parar? —inquirió, exaltado. Su abogado le pidió que se calmara y él lo hizo —. Me entró sed y fui a la nevera a beber algo. Eso es lo que hice. ¿Contento?

Desde el momento en que vi su aspecto en nuestra base de datos de detenidos supe que la niña no me había mentado. Realmente, su voluntad de desaparecer había sido tan intensa que lo había hecho. Se había vuelto invisible a los ojos de Alexey. Porque ese maldito hijo de puta no sabía lo que era la piedad. Había acuchillado al pequeño Isaac e iba a hacer lo mismo con ella.

Solo que no la *vio*.

A *cerrar los ojos y pensar en silencio que no podía verme*, me había revelado Natalia aquella noche en el asiento trasero de mi Ford, cuando le pregunté qué era eso que le había enseñado su madre para que los monstruos que salían a cazar niños por las noches no la atraparan.

Monstruos mucho menos peligros que Alexey Gólubev.

6.

Aunque han pasado más de veinte años, jamás he podido olvidar a aquella pobre niñita. Me daba tanta pena que a menudo me asaltaba el impulso de llamar a sus tíos para preguntar por ella. Sobre todo en Navidad, cuando todos los niños desenvuelven los regalos que los Reyes Magos les han dejado junto el árbol bajo la atenta mirada de sus orgullosos padres. Pero siempre resistí el impulso. Porque comprendía que para ella, yo era uno de los policías que habían detenido al asesino de su familia, por lo que verme le haría revivir la horrible experiencia por la que había pasado. Y no quería que sufriera más. Menos, aún, por mi culpa. Así que durante todo este tiempo me he limitado a *imaginar* cómo estaría siendo su vida.

He decidido, por mi cuenta, que creció con normalidad. Aprobó el instituto con buenas notas y se sacó la carrera de derecho. Salió con varios chicos hasta conocer al ideal. Cuando él le pidió matrimonio, ella aceptó sin dudarle un instante. Tuvieron un hijo, cuya crianza compaginaron con sus respectivos trabajos, y no han dejado de ser felices desde entonces. Ahora, Natalia tiene veintisiete años y es una mujer inteligente e independiente que disfruta de la vida y sólo de vez en cuando se permite una ojeada al pasado.

Al mismo tiempo, tampoco dejó de pensar que de no haber sido por esa inconmensurable voluntad de hacerse *invisible*, habría corrido la misma suerte que el resto de su familia.

Y no tendría marido.

Ni hijo.

Ni estaría embarazada de dos meses del segundo.

A veces, cuando me cuesta dormirme y ella acude a mi cabeza, me preguntó qué nombre le piensan poner.

Porque Isaac, en homenaje a su hermano, es como se llama su primogénito.

Si es niña, como su abuela, me inclino a creer.

Pero nunca, nunca, jamás, Pelayo.

Odia ese nombre. Porque le recuerda al hombre cuya irracional ambición atrajo la desgracia a sus vidas y le arrebató su infancia.

—FIN—